

La reconstrucción histórica del proceso de dominación en la obra de Herbert Marcuse

Dr. Walter Federico Gadea¹

Resumen: El texto desarrolla la perspectiva que despliega Herbert Marcuse sobre el proceso de dominación en clave de reconstrucción histórica. Para ello, se analiza la importancia estratégica que ha tenido la ciencia moderna como origen y clave de una lógica de dominación que desemboca en una racionalidad que convierte a todo lo que toca en medio, en instrumento de un modelo de acción que extirpa de raíz la concepción sustancial de la verdad y de la finalidad. La racionalidad instrumental, convertida en tecnocracia, se alía con la administración política, militar y los medios de comunicación, para conformar una unidad hegemónica, restringiendo la acción humana al ámbito de un consumismo ilimitado y, por tanto, imposible.

Palabras clave: Ciencia moderna, dominación, tecnociencia, poder, Escuela de Frankfort, medios de comunicación, discurso político, razón instrumental, razón objetiva.

Abstract: The text develops Herbert Marcuse's perspective on the process of domination in terms of historical reconstruction. To that end, it analyses the strategic importance of modern science as the origin and key of a logic of domination that culminates in a rationality which turns everything it touches into a medium, an instrument for a model of action that excises from its core the essential conception or truth and finality. Instrumental rationality, transformed into technocracy, allies with the political administration, the military and the mass media to conform a hegemonical unity, restricting human action to the sphere of limitless consumerism, and therefore impossible.

Keywords: Modern science, domination, tecnociencia, power, School of Frankfort, mass media, political speech, instrumental reason, objective reason.

LA CIENCIA MODERNA COMO ORIGEN DE LA DOMINACIÓN

Marcuse, más que elaborar una ontología fundamental, trata de reconstruir históricamente el proceso de configuración de la ciencia moderna como poder de dominación. Por ello, dentro del marco abierto por el conocimiento moderno se da un proceso histórico en el cual, «los principios de la ciencia moderna fueron estructurados a priori, de tal modo que pueden servir como instrumentos conceptuales para un universo de control productivo autoexpansivo». ² Por lo tanto, el método científico contiene el “germen” de un proceso que lleva a la dominación cada vez más efectiva de la naturaleza.

La ciencia brinda “los conceptos puros” y los “instrumentos” para efectuar

¹ Universidad de Huelva.

²Ibídem Marcuse, H.(1966). *One-dimensional man*, Boston: Beacon Press, p. 15.

una dominación cada vez menos violenta, pero más efectiva del hombre sobre el hombre, en un contexto ideológico marcado por la neutralidad de la razón teórica. Por lo tanto, la neutralidad de la razón teórica efectúa la subordinación de la misma a la racionalidad práctica. Marcuse afirma que la tecnología no es sólo un medio de la dominación sino la dominación misma. El carácter represivo de la dominación se hace efectivo en la tecnología, subordinando la autonomía personal al proceso de autoexpansión capitalista. Autoexpansión que se nutre de la destrucción de la naturaleza.

La tecnología es la forma en que se expande la dominación, pues brinda la fórmula para “racionalizar” el universo cultural, social, económico y político. Bajo estas condiciones represivas, la tecnología se opone a la autonomía personal en la medida en que crea las condiciones propicias para la alienación.

«En este universo, la tecnología provee la gran racionalización para la falta de libertad del hombre y demuestra la imposibilidad ‘técnica’ de ser autónomo, de determinar la propia vida. Porque esta falta de libertad no aparece ni como irracional ni como política, sino más bien como una sumisión al aparato técnico que aumenta las comodidades de la vida y aumenta la productividad del trabajo».³

Esta forma de alienación no es rechazable y es indolora. La racionalidad tecnológica legitima la dominación, al mismo tiempo que la realiza.

«Hoy, la dominación se perpetúa y se difunde no sólo por medio de la tecnología sino como tecnología, y la última provee la gran legitimación del poder político en expansión, absorbiendo todas las esferas de la cultura».⁴

El aparato técnico aumenta las comodidades y, al comprometerse con el vasto horizonte de la instrumentalidad, promueve las condiciones para su autorreproducción consentida. Marcuse considera que la autoexpansión de la tecnociencia coincide con un creciente proceso de instrumentalización, el cual se ha transferido desde las cosas hasta las personas. Por ende, la instrumentalización de las fuerzas humanas convierte a la dominación técnica en un proyecto histórico de dominación política.

La consecuencia histórica del proyecto de dominación impide la reconciliación entre los dos principios constitutivos del pensamiento, o sea, entre Logos y Eros. La productividad represiva supone y alimenta el afianzamiento de la dominación en su etapa superior: la gratificación del dominado.

SISTEMA TECNOCIENTÍFICO Y SISTEMA POLÍTICO COMO FORMAS DE DOMINACION.

Marcuse recusa la postura de aquellos autores que, como John Dewey, en-

³Ibidem, p. 159.

⁴Ibidem.

tre otros, pretenden articular exitosamente la libertad con la dominación tecnológica, pasando, como desea Dewey, del «gozo contemplativo a la manipulación y el control activos».⁵ Marcuse está convencido de que la racionalización moderna no puede ser otra cosa más que la expresión del dominio técnico sobre la naturaleza y el hombre. De esta forma, ningún proceso de contrastación científica o de validación teórica es ajeno al sistema político y al contexto histórico en el cual está instalado. La empresa científica no es independiente del sistema preestablecido de fines en el que se desenvuelve y para el que trabaja. La inexistencia de un orden teórico puro pone en evidencia que la racionalidad tecnocientífica es fundamentalmente un proyecto político de dominación.

La mutua implicación entre tecnología y poder político (entendido en su forma más amplia) supone que, en medio de la irracionalidad última de los fines genéricos, existe una productividad universal, la cual sirve a los intereses del sistema global. La tecnología es el mecanismo por medio del cual se cosifican las relaciones, no sólo del trabajo, como había observado Marx, sino también las de la vida cultural.

El individuo no es sólo una posición de un sujeto en un sistema económico, como en Marx, sino que es algo más complejo, en la medida en que está determinado por las actuaciones socialmente calculables del régimen científico. El individuo está atrapado en un sistema que abarca la totalidad de las actuaciones sociales. Esta máquina de dominación no deja fuera a ningún miembro de la sociedad, pues se devora hasta los propios administradores.

En medio de este proceso de administración total, la ciencia presenta dos caras complementarias: o bien una férrea adhesión a un «autocontenido formalismo», como por ejemplo «el de la lógica simbólica», o bien una estructura «empirista» cerrada, como la que resulta de aplicar «la lógica simbólica a la industria electrónica».⁶ Bajo estos dos rostros, la ciencia se subordina al sistema de necesidades impuestas por el aparato de dominación, el cual oculta y destruye toda contradicción, al propiciar un universo de conducta unidimensional.

«En relación con el universo establecido de discurso y conducta, la no contradicción y no trascendencia es el común denominador. El empirismo total revela su función ideológica en la filosofía contemporánea».⁷

Esta razón tecnológica navega en un discurso político y comunicacional que es necesario explicar. Marcuse cree que si no se lleva a cabo el desvelamiento de este proceso de alienación y administración total, será imposible romper las barreras de la represión organizada. Por ello, en el próximo punto estudiaremos el desarrollo de la crítica de Marcuse al discurso político de la dominación.

⁵Dewey, J. (1929), *The quest for certainty*, New York: Minton, Balch and Co., p. 95.

⁶Cfr. Marcuse, H. (1966), p. 169.

⁷Ídem.

PODER Y CONTENCIÓN SOCIAL EN EL DISCURSO POLÍTICO.
EL FIN DEL SUJETO REVOLUCIONARIO

A) Política y oposición

La conciencia feliz, es decir, la sofocación efectiva de aquellas necesidades humanas que requieren ser liberadas, descansa sobre el supuesto de la eliminación de las contradicciones sociales, al interpretar que la sociedad avanzada es capaz de satisfacer las necesidades de los individuos, a través de las formas que ha tomado la organización política y tecnológica. Las condiciones de este congelamiento del pensamiento negativo, o sea, crítico, responde a la sujeción de la economía de las naciones a un sistema globalizado de intercambios de capital, a la sujeción política y militar de las naciones a las alianzas militares, y a convenios de asistencia técnica concebidos de acuerdo a las necesidades de la concentración económica. Todo esto se desarrolla en el ámbito de una amplia coordinación entre la educación, las necesidades de la producción, la manipulación de las aspiraciones de los individuos y el mensaje intencionado de los mass-media. La coordinación, como vimos, supone la unificación de las necesidades y de los deseos más íntimos de las personas para permitir la ampliación del sistema de producción autosuficiente.

«En su estado más avanzado, la dominación funciona como administración, y en las áreas superdesarrolladas de consumo de masas, la vida administrada llega a ser la buena vida de la totalidad, en defensa de la cual se unen los opuestos».⁸

En este contexto, la especificidad del discurso político supone la aspiración a la estabilización de la organización política mediante la imposición o construcción del bipartidismo. Esta tendencia a la simplificación de las propuestas y a la superficialidad de los discursos promueve la unificación de los opuestos.

«En la esfera política, esta tendencia se manifiesta en una marcada unificación y convergencia de los opuestos. El bipartidismo en política exterior cubre los intereses competitivos de los grupos mediante la amenaza del comunismo internacional, y se extiende a la política doméstica, donde los programas de los grandes partidos son cada vez más difíciles de distinguir, incluso en el grado de hipocresía y en los tópicos empleados. Esta unificación de los opuestos, gravita sobre las posibilidades de cambio social en el sentido de que abarca aquellos estratos sobre cuyas espaldas progresa el sistema; esto es, las propias clases cuya existencia supuso en otro tiempo la oposición al sistema como totalidad».⁹

La política se convierte en mercado electoral, las propuestas ideológicas se

⁸Ibídem, p. 256.

⁹Ibídem, p. 19.

devalúan en un discurso ambiguo para captar a la mayor cantidad posible de votantes. Esta unificación de los opuestos y esta devaluación de las diferencias políticas obra en favor de la paralización de cualquier cambio real en la sociedad o en el estado. Por lo tanto, el sistema de la administración se vuelve totalitario al eliminar cualquier atisbo de oposición a la lógica de la dominación imperante.

El resultado de esta unificación de opuestos genera la alianza entre las empresas y los sectores sindicales. Refiriéndose al proceso político desarrollado a mediados del siglo XX, Marcuse afirma que el modelo político del Este europeo no es diverso al occidental, en el sentido de que el sistema político tiene una enorme confianza en la efectividad de los controles tecnológicos como fenómeno que instrumentaliza la dominación social. Al mismo tiempo, los partidos comunistas nacionales están condenados a no ser radicales en función de la hegemonía que ejerce el Partido Comunista Soviético.

«Estos partidos comunistas nacionales desempeñan el papel histórico de oposición legal “condenados” a no ser radicales».¹⁰

Volviendo a Occidente, la sociedad se organiza y se cohesiona a partir del establecimiento de un enemigo exterior. La movilización económica disminuye las bandas de miseria social y el enemigo exterior actúa como un fuerte dinamizador de la producción y del empleo. Recordemos que Marcuse realiza este análisis a principios de los años sesenta. Por ello, las luchas cualitativas entre las clases sociales aparecen como diferencias puramente cuantitativas y, de esta forma, el capitalismo se autoafirma en medio de un nivel de vida altamente creciente.

«Sobre estas bases (movilización contra el enemigo, estímulo a la hiperproducción, etc.) se levanta un universo de administración en el que las depresiones son controladas y los conflictos estabilizados mediante los benéficos efectos de la creciente productividad y la amenazadora guerra nuclear».¹¹

B) Promesa y protagonismo

Marcuse se pregunta si la contradicción que Marx analizaba entre capitalistas y obreros ha cesado (superación) o si la estructura antagónica subsiste, a pesar de la estabilización descrita. El análisis de Marcuse parte de que la tecnología cambia cualitativamente la existencia de las clases sociales y, por ende, la de la clase llamada a hacer la revolución. Este cambio supone para la clase obrera una reducción en su potencialidad revolucionaria.

«Pero es precisamente esta nueva conciencia, este “espacio interior”, el espacio de la práctica histórica trascendente, el que está siendo anulado por una sociedad en la que tanto los sujetos como los objetos constituyen ins-

¹⁰Ibidem, p. 21.

¹¹Ídem.

trumentos de una totalidad que tiene su *raison d'être* en las realizaciones de su todopoderosa productividad. Su promesa suprema es una vida cada vez más confortable para un número cada vez mayor de personas que, en un sentido estricto, no pueden imaginar un universo del discurso y la acción cualitativamente diferente, porque la capacidad para contener y manipular los esfuerzos y la imaginación subversivos es una parte integral de la sociedad dada». ¹²

La promesa que derrota este potencial es una promesa de vida cada vez más “confortable” para un número mayor de personas, los cuales responden a un único horizonte de acción: el que configura la tecnociencia. Por consiguiente, los sectores más favorecidos no son capaces de pensar en un universo cualitativamente nuevo (esto incluye a los sectores trabajadores especializados con medianos ingresos), dado que responden a un proceso de manipulada “conformidad” y de contención de la potencialidad transformadora. ¹³ En este sentido, los sectores más favorecidos son contenidos en sus expectativas de cambio sólo a costa de hacerles más agradable la “servidumbre”.

«Aquellos cuya vida es el infierno de la sociedad opulenta son mantenidos a raya con una brutalidad que revive las prácticas medievales y modernas. En cuanto a los otros, menos desheredados, la sociedad se ocupa de su necesidad de liberación, satisfaciendo las necesidades que hacen la servidumbre agradable y quizá incluso imperceptible, y logra esto dentro del proceso de producción misma». ¹⁴

C) Las modificaciones sufridas por el sujeto revolucionario

El planteamiento de Marcuse pretende explicar el cambio que ha experimentado la clase trabajadora. Su objetivo es poder determinar si la clase obrera puede o no ser tomada como clase efectivamente revolucionaria. Marcuse analiza los principales factores que han contribuido a la transformación de la clase trabajadora.

El primer elemento del cambio en las condiciones de la alienación es el que produce la tecnificación del proceso productivo. El concepto de alienación estudiado por Marx describía a la explotación como un proceso revulsivo de dolor físico y degradación moral causado por la labor diaria. Sin embargo, en nuestros días, estos elementos han sufrido un cambio radical.

«La adquisición y el empleo de esta energía física, bajo condiciones infrahumanas, para la apropiación privada de la plusvalía, daba a la explotación sus aspectos más revulsivos e inhumanos; la noción marxiana denuncia el dolor físico y la miseria del trabajo. Éste es el elemento material y

¹²Ibidem, p. 24.

¹³Respecto del carácter conformista de las acciones humanas se puede consultar Mounnier, E. (1993), *Tratado del carácter*, en *Obras Completas*, Tomo II, Salamanca: Ediciones Sígueme, p. 614.

¹⁴Marcuse, H.(1966), p. 24.

tangible en la esclavitud del salario y la alienación: la dimensión fisiológica y biológica del capitalismo clásico. [...] Ahora, la cada vez más completa mecanización del trabajo en el capitalismo avanzado, al tiempo que mantiene la explotación, modifica la actitud y el status de los explotados. [...] La tecnología ha sustituido la fatiga muscular por la tensión y el esfuerzo mental».¹⁵

Cada vez más el sistema de mecanización del mundo laboral reduce el esfuerzo muscular en función del esfuerzo mental. Esta transformación de la fuerza bruta en habilidad mental y técnica modifica la explotación, en el sentido de que instaura un tipo de sufrimiento que se basa más en el agotamiento mental y en la repetición de las tareas laborales diarias, que en el esfuerzo muscular del trabajador.

De esta forma, el trabajador aislado de los demás trabajadores (en tanto clase) por su tarea solitaria, específica y mental se incorpora al régimen de una administración tecnológica cada vez más “racional”, bajo la forma de equipos de trabajo, los cuales dan a la labor diaria un clima de mayor “satisfacción”.

Marcuse, siguiendo a Sartre¹⁶ en este caso, observa que el proceso de maquinización de la vida laboral extiende su ritmo al hombre y a las demás dimensiones de la vida privada. Por ello, tanto Marcuse como Sartre sostienen que el trabajo mecanizado destruye la distancia y la intimidad privada. De esta forma, el ritmo de la máquina se impone al trabajo, afectando al ritmo de la sexualidad y a la vida privada.

El segundo aspecto que analiza Marcuse es el cambio en la autonomía de las profesiones en aras de la preponderancia de los aspectos técnicos de la profesión.

«En la medida en que la máquina llega a ser en sí misma un sistema de instrumentos y relaciones mecánicas y se extiende así mucho más allá del proceso individual de trabajo, afirma su mayor dominio reduciendo la “autonomía profesional” del trabajador e integrándolo con otras profesiones que sufren y dirigen el aparato técnico. Sin duda, la antigua autonomía “profesional” del trabajador era más bien su esclavitud profesional. Pero esta forma específica de esclavitud era al mismo tiempo la fuente de su poder específico profesional de negación: el poder de detener un proceso que amenazaba aniquilarlo como ser humano”.¹⁷

La pérdida de la autonomía profesional hace que la producción quede determinada por las máquinas y no por el rendimiento del trabajador individual. Esto cuestiona la teoría de la plusvalía y la noción de creación de valor, nociones que son claves en el modelo conceptual de Marx.

¹⁵Ibidem, pp. 24-25.

¹⁶Ver Sartre, J. (1960), *Critique de la raison dialectique*, París: Gallimard, pp. 260 y ss.

¹⁷Marcuse, H. (1966), p. 26.

El tercer aspecto se relaciona más con los cambios acaecidos en la psicología social de los trabajadores, pues la participación en el mejoramiento de las condiciones materiales de vida afecta directamente a su identidad y a su conciencia. El cambio más notable que advierte Marcuse es la transformación que se expresa en la llamada «integración social y cultural de la clase trabajadora en la sociedad capitalista».¹⁸

Marcuse se pregunta si este cambio es sólo de la conciencia del trabajador o si va acompañado de un cambio en las mismas relaciones de producción. La situación de adecuación de la clase trabajadora al “imaginario burgués” de vida responde, para Marcuse, a su integración en el proceso material de producción. Esto se acompaña de la creciente impotencia que sufre la clase trabajadora en el momento de realizar sus demandas y del fortalecimiento de la clase dirigente que selecciona el personal más técnicamente capacitado.

No obstante, a pesar del retroceso político de la clase obrera, existe un incremento paralelo de la participación activa (no voluntaria) de los trabajadores tanto en la resolución de problemas técnicos y de la producción como en la integración social de los empleados en la empresa. Naturalmente, estos lazos conllevan múltiples ventajas sociales, las cuales garantizan la seguridad en el empleo o una vejez digna, por medio de unas pensiones elevadas.

Sin embargo, la evaluación final que realiza Marcuse de este proceso de integración de la clase obrera al modelo capitalista y burgués de vida es esencialmente pesimista, en la medida en que considera que la clase obrera ha perdido su potencial transformador, al estar sometida a un régimen de vida que le produce una agradable sensación de bienestar. Esta devaluación en la capacidad emancipadora de la clase universal (proletariado) lo lleva a Marcuse a buscar sujetos sociales sustitutos (como los estudiantes o los marginados), los cuales terminan mostrando su incapacidad para enfrentar con efectividad al sistema de dominación vigente. En consecuencia, la pérdida del sujeto llamado a realizar la revolución social y la extensión de la alienación a todas las formas culturales configuran las bases filosóficas y políticas de un pesimismo radical, muchas veces, reaccionario e inmovilizante.

El cuarto punto se deriva del tercero e implica la devaluación de la fuerza negativa (transformadora) de la clase trabajadora frente al poder de la organización técnica totalizante. Esta depotenciación de la contradicción social conlleva el correspondiente aumento del poder gerencial en el ámbito de la dominación administrada.

«La dominación se transforma en administración. Los jefes y los propietarios capitalistas están perdiendo su identidad como agentes responsables; están asumiendo la función de burócratas en una máquina corporativa. Dentro de la vasta jerarquía de juntas ejecutivas y administrativas que se extienden mucho más allá de la empresa individual hasta el laboratorio científico y el instituto de investigaciones, el gobierno nacional y el interés nacional, la fuente tangible de explotación desaparece detrás de la fachada de racionalidad objetiva».¹⁹

¹⁸Ibidem, p. 30.

¹⁹Ibidem, p. 32.

De esta forma, al tornarse la dominación el producto de la administración gerencial, el poder de los antiguos propietarios capitalistas pierde su identidad como agente responsable directo. La instancia de ejecución del poder social ha pasado a las juntas ejecutivas o a los directorios, en su defecto. Este desplazamiento de la función directiva del capital deja a la clase obrera ante un poder abstracto, el cual se esfuma, se diluye en el entramado de las impersonales responsabilidades burocráticas. Por consiguiente, la fuente tangible de la explotación desaparece y se volatiliza detrás del velo de la objetividad tecno-administrativa.

D) La administración “objetiva” de la explotación social

Dentro de esta máquina administrativa, que abarca a todas las instancias de la vida social y, por supuesto, a la empresa, la «responsabilidad» se inviste de un discurso «objetivo», despojado de cualquier «valoración» personal. Este discurso es el que hace mención a las famosas reglas del mercado, de la productividad, de las necesidades de la empresa, etc. Es muy difícil, bajo las reglas de este discurso «objetivo», desvelar la fachada de la explotación capitalista que aboga por la reproducción de la «desigualdad y la esclavitud».²⁰

Marcuse encuentra que la administración objetiva de la explotación no altera el contenido subyacente de dominación del hombre sobre el hombre, sino que la agrava por medio de una lógica que torna invisible al enemigo, al mal.

Esta lógica invisible mantiene el aspecto esencial de la alienación descrita por Marx, al mantener separada la propiedad de la gestión productiva. Es sólo un paso más en la separación entre el producto y del productor. No obstante ello, Marcuse encuentra que la sujeción del hombre al sistema productivo se transforma en el hecho de que le brinda al trabajador todas las comodidades que desea, para mantenerlo conforme en la explotación.

«Con el progreso técnico como su instrumento, la falta de libertad en el sentido de la sujeción del hombre a su aparato productivo se perpetúa e intensifica bajo la forma de muchas libertades y comodidades. El nuevo aspecto es la abrumadora racionalidad de esta empresa irracional, y la profundidad del condicionamiento previo que configura los impulsos instintivos y aspiraciones de los individuos y oscurece la diferencia entre conciencia falsa y verdadera».²¹

Esta paradoja aparece como la verdadera superioridad de la racionalidad tecnológica frente a la dominación pre-tecnológica. En este sentido, la profundidad que alcanza la explotación se basa en la configuración de las aspiraciones y expectativas de los explotados, hasta el punto en que “desaparece” la diferencia y la contradicción entre el trabajador y la estructura tecno-administrativa.

²⁰Cfr. *Ibidem*, p. 31-32.

²¹*Ídem*.

La objeción de Marcuse se refiere a que, a pesar del mejoramiento en las condiciones de vida de los trabajadores y a pesar de su asimilación a las formas burguesas de vida, las decisiones centrales sobre la vida y la sociedad siguen sin pasar por las manos de los propios agentes de la producción. Esta ausencia de control sobre las decisiones fundamentales de la vida de las personas consuma una sociedad industrial cuyos esclavos, esclavos sublimados, están determinados por fuerzas y tendencias que vuelven a los hombres meros instrumentos para la reproducción del sistema social.

Afirma Marcuse al respecto:

«Ésta (la reducción del hombre al status de instrumento) es la forma más pura de servidumbre: existir como instrumento, como cosa. Y este modo de existencia no se anula si la cosa es animada y elige su alimento material e intelectual, si no siente su “ser cosa”, si es una cosa bonita, limpia, móvil. A la inversa, conforme la reificación tiende a hacerse totalitaria gracias a su forma tecnológica, los mismos organizadores y administradores se hacen cada vez más dependientes de la maquinaria que organizan y administran. Y esta dependencia mutua ya no es la relación dialéctica entre señor y siervo, que ha sido rota en la lucha por el reconocimiento mutuo, sino más bien un círculo vicioso que encierra tanto al señor como al esclavo».²²

En esta descripción trágica del poder de inversión de la sociedad capitalista avanzada es el propio sistema administrativo y técnico el que devora a sus propios hacedores, es decir, a los propios planificadores y ejecutores. Por lo tanto, la sociedad que describe Marcuse es una sociedad en la que el poder ha sido transferido (no voluntariamente) a una lógica que ha adquirido autonomía al margen de cualquier decisión humana, convirtiendo a todos en esclavos.

«Conforme la reificación tiende a hacerse totalitaria gracias a su forma tecnológica, los mismos organizadores y administradores se hacen cada vez más dependientes de la maquinaria que organizan y administran».²³

Para Marcuse, la sociedad capitalista avanzada es la sociedad que convierte a todos en esclavos, incluidos los propios amos. Desde esta perspectiva, no existe superación como en el planteo de Hegel, pues el administrador del mundo sólo se encarga de dirigir su propia “esclavitud”. En este sentido se observa una creciente interdependencia entre sectores productivos que necesitan de otros sectores productivos para autoperpetuarse.

Por ejemplo, la industria aeronáutica necesita de la industria militar para mantenerse en pie y la industria militar necesita de los conflictos políticos, etc. De esta forma, Marcuse sostiene que la lógica del poder en la sociedad capitalista

²²Ibidem, p. 33.

²³Ídem.

avanzada se puede explicarse como «un círculo vicioso guiado por las crecientes necesidades que genera y, que al mismo tiempo, contiene».²⁴

Este círculo vicioso se explica como una espiral que combina la productividad en gran escala con una represión creciente, la cual se expresa, como veremos a continuación, en la manipulación de las necesidades y en el cierre del universo de discurso.

EL CIERRE DEL UNIVERSO DEL DISCURSO. EL PODER COMO MANIPULACIÓN Y REPRESIÓN.

A) La adaptación de la conciencia

La conciencia feliz —o sea, la creencia de que todo lo real es racional— refleja un nuevo conformismo que se presenta como una faceta de la racionalidad tecnológica y se traduce en una forma de conducta social. Esta adaptación de la conciencia a las nuevas formas de la dominación expresa un poder de reproducción social sin precedentes en la historia de Occidente. La “conciencia feliz” se niega a pensar cualquier conexión entre lo particular y lo universal, es decir, se manifiesta en la conformidad con el orden dado y en el rechazo de cualquier forma de crítica que abarque a la totalidad social.

La capacidad de reproducción de la sociedad capitalista avanzada se condensa en la facultad para olvidar el poder que ha adquirido la sociedad sobre el mismo hombre. Este olvido del poder represivo que constituye a la sociedad se exterioriza en la absorción de cualquier forma de oposición. En la reducción de toda oposición se manifiesta el enorme poder de cohesión como base para sustentar la coexistencia global. Marcuse denuncia que la sociedad contemporánea está demasiado ocupada en la opulencia como para preocuparse por el poder autodestructivo de la lógica de dominación. La conciencia feliz, en tanto instrumento de la unidimensionalidad, se adhiere al orden dado y confunde lo real, lo establecido, con lo racional.

B) Lenguaje, medios de comunicación y dominación social

La dominación alcanza su articulación más perfecta en el poder del lenguaje en la medida en que no sólo expresa un hecho “real”, sino que ayuda a constituirlo. Este es el lenguaje de la administración total.

El lenguaje aboga por la construcción de un orden que identifica el ataque a las nociones trascendentales-tradicionales con la instauración de las formas simbólicas apropiadas al sistema de consumo y producción. Por lo tanto, las modalidades del dominio se erigen a partir de las formas del pensamiento y del lenguaje que se constituyen socialmente. En este juego de articulaciones, los medios masivos de comunicación funcionan como correas transmisoras de las necesidades del sistema de producción.

²⁴Ibidem, p. 34.

«[Los] agentes de la publicidad configuran el mundo de la comunicación en el que la conducta “unidimensional” se expresa. El lenguaje cerrado por ellos aboga por la identificación y la unificación, por la promoción sistemática del pensamiento y la acción positiva, por el ataque concertado contra las tradicionales nociones trascendentes. Dentro de las formas dominantes del lenguaje, se advierte el contraste entre las formas de pensamiento “bidimensionales”, dialécticas y la conducta tecnológica o los “hábitos de pensamiento sociales”».²⁵

El lenguaje, por ende, expresa la conducta unidimensional a través de la creación de hábitos de conducta, pensamientos o deseos sociales, de acuerdo con las necesidades y anhelos del aparato tecnocientífico.

El triunfo de la unidimensionalidad supone la desaparición de la tensión entre apariencia y realidad, entre esencia y accidente, y entre efecto y causa. La hegemonía del discurso cerrado reedita la existencia de las mistificaciones y pone en peligro el proyecto de la autonomía personal.

Dice Marcuse:

«Los conceptos de autonomía, demostración, descubrimiento y crítica dan paso a los de designación, aserción e imitación. Elementos mágicos, autoritarios y rituales cubren el idioma. El lenguaje es despojado de sus mediaciones que forman las etapas del proceso de conocimiento y de evaluación cognoscitiva. Los conceptos que encierran los hechos y, por tanto, los trascienden están perdiendo su auténtica representación lingüística».²⁶

El universo cerrado implica la identificación inmediata entre razón y hecho, y, lo más importante, entre verdad y verdad establecida. La ausencia de mediación facilita que la representación lingüística quede reducida a un universo de falsedad e inmediatez.

El discurso expresa el comportamiento social y el operacionalismo tiene su realidad efectiva en el lenguaje social. La estructura funcional del lenguaje cotidiano y científico bloquea la existencia de la oposición al orden establecido.

C) La pérdida del significado

Marcuse sostiene que, en rigor, este nivel de lenguaje directo es mínimo en relación con las oficinas que promueven la imagen de los candidatos y con los formadores de la opinión pública. Los gobiernos y las oficinas ejecutivas envían sus mensajes para organizar y ordenar (de manera indirecta) las conductas socialmente aceptables.

²⁵Ibidem, p. 85.

²⁶Ibidem.

«Ésta -refiriéndose a la oficina ejecutiva, los laboratorios de defensa y los expertos en eficacia publicitaria- es la palabra que ordena y organiza, que induce a la gente a actuar, comprar y aceptar. Se transmite mediante un estilo que es una verdadera creación lingüística, con una sintaxis en la que la estructura de la frase es comprimida y condensada de tal modo que no se deja ninguna tensión, ningún “espacio” entre sus distintas partes. Esta forma lingüística impide cualquier desarrollo de sentido».²⁷

Esta inducción directa o indirecta de la conducta social se realiza mediante un “estilo” lingüístico, que presenta una sintaxis que comprime y condensa la frase de forma tal que no es posible concebir ninguna tensión.

Esto significa que la tendencia lingüística del poder reduce la realidad, la cosa a la función. En este contexto cerrado, los nombres de las cosas se conectan con la manera de funcionamiento de las mismas. A esta identificación de la cosa con la función se lo denomina “razonamiento tecnológico”. Marcuse sostiene que el poder de la palabra expresa el «behaviorismo social y político específico» del mundo contemporáneo.²⁸ Así pues, el concepto tiende a ser fagocitado por la palabra y, por lo tanto, pierde su integridad.

RESUMEN CRÍTICO: MARCUSE EN LOS LÍMITES DE LA TRADICIÓN MARXISTA

Nuestra exposición ha ponderado positivamente los aportes de Marcuse a la teoría de la alienación, pero también los límites y los problemas de la misma. Sustentar la teoría de la alienación al tiempo que supone afirmar la prioridad que toma el poder de lo material sobre el espíritu, implica un compromiso ontológico y epistemológico fuerte con el concepto de “ser humano auténtico” y la acusación de que la conciencia, en el capitalismo avanzado, se torna ideológica (falsa conciencia). Estas dos consecuencias son, en primer lugar, asumidas claramente por Marcuse en la medida en que afirma que se puede distinguir entre una existencia auténtica y una existencia inauténtica.

En segundo lugar, ha denunciado a la ciencia contemporánea como una forma de operacionalismo adosada a la estructura de la dominación capitalista.

Con estos planteamientos, Marcuse pretende hacer jugar en un mismo sentido y en la misma dirección a la ciencia y a la alienación, ahora extendida a la cultura como totalidad cerrada.

Marcuse está convencido de que el proyecto moderno de emancipación frustra su desarrollo en la medida en que crea un poder técnico capaz de unificar los procedimientos científico-técnicos con las aspiraciones ideológicas del capitalismo manipulador.

Para superar este escollo, Marcuse intenta formular un criterio que distinga tajantemente a la ciencia (verdadera y objetiva) de la falsificadora ideología. Al mismo tiempo debe constituir una teoría totalizante de la sociedad que explique el

²⁷Ibidem, p. 86.

²⁸Cfr. Ibidem, p. 87.

juego de fuerzas que operan en medio de una lucha social cada vez menos contradictoria.

En efecto, no es capaz de generar una teoría que distinga la ciencia de la ideología y no es capaz de encontrar un agente del cambio social, como dicta la lógica dialéctica. Sin embargo, insiste en concebir a la sociedad y al poder en términos de totalidad y fundamento, aunque sin producir resultados que lo saquen del desacierto en que cae su teoría.

No creemos que su fracaso se deba a la falta de valor intelectual, sino a que no fue capaz de abandonar aquellas categorías que fueron relevantes para la tradición marxista. Cuando hablamos de la noción de fundamento, entendemos por tal la idea de que el sistema social se explica a partir de una razón o causa única, la cual le da sentido al movimiento de la totalidad y a cada uno de los elementos del sistema al mismo tiempo.

Marcuse continúa comprometido con un fundamento universal y sustantivo de la realidad, el cual explica y da sentido a la totalidad social.²⁹ Nosotros creemos que su perspectiva hegeliano-marxista, le ha impedido resolver, en parte, los problemas que había formulado, al reducir el problema del poder a una fundamentación monista del poder, confundiendo el proyecto epistemológico de la Modernidad con su proyecto político. De todas formas, el profundo compromiso de Marcuse con una historia que expresa la racionalidad del movimiento del espíritu, que es en definitiva el reino de la libertad, le ha permitido realizar una de las críticas más lúcidas a los poderes existentes, a pesar de que su filosofía haya quedado atrapada en los errores clásicos del materialismo dialéctico.³⁰

Más allá de todos los aciertos y desaciertos, el carácter negativo o crítico de la filosofía se ha mantenido vivo en el pensador de Frankfurt y sus aportes a la crítica de la cultura continúan siendo relevantes, en la medida en que muestran la riqueza y los límites de una tradición filosófica y cultural que, como la marxista, ha dejado enormes aportes a la teoría social y al estudio del poder y la dominación social. En este sentido, el pensamiento de Marcuse muestra, con todo valor y sinceridad, los límites y las virtudes del paradigma marxista.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barbosa, S. (2003). *Max Horkheimer o la utopía instrumental*. Buenos Aires: Ediciones FEPAL.
- Dewey, J. (1929). *The quest for certainty*. New York: Minton, Balch and Co.
- Etchegaray, R. (1997). La lógica de la dominación o la unidimensionalidad de la

²⁹Recordemos que Marcuse define a los universales de la siguiente manera: «Universales son los elementos primarios de la experiencia; no como conceptos filosóficos, sino como las cualidades propias del mundo con el que uno es confrontado diariamente. [...] La irreductible diferencia entre el universal y sus particulares parecer estar enraizada en la experiencia original de la inconquistable diferencia entre potencialidad y realidad: entre dos dimensiones del único mundo experimentado». [Marcuse, H.: (1966), p. 211.]

³⁰Para una crítica exhaustiva del concepto de fundamento y dialéctica en Marcuse se puede consultar el artículo de Etchegaray, R.: “La lógica de la dominación o la unidimensionalidad de la razón”, en *Cuadernos de investigación de la Sociedad Filosófica Buenos Aires*, N°3, La Plata, 1997, p. 100 y ss.

- razón. *Cuadernos de investigación de la Sociedad Filosófica Buenos Aires*, 3. La Plata, 75-102.
- Gadea, W. F. (2009). *Poder, Legitimación y naturaleza humana en la Filosofía Moderna. Una historia selectiva del poder desde Nicolás Maquiavelo hasta Carlos Marx. Las aportaciones de H. Marcuse y E. Laclau*. Huelva: Editado por la Universidad de Huelva.
- (2011). Formas de comunicación, libertad y acción emancipadora en la teoría de la comunicación de Jürgen Habermas, en Suárez Villegas J.C. (Ed.), *La ética de la comunicación a comienzo del Siglo XXI*. Sevilla: Eduforma, 624-636.
- Habermas, J. *et alia* (1980). *Conversaciones con Herbert Marcuse*. Barcelona: Gedisa.
- Mansilla, H. (1970). *Introducción a la teoría crítica de la sociedad*. Barcelona: Seix Barral.
- Marcuse, H (1966). *One-dimensional man*. Boston: Beacon Press.
- Mounier, E. (1993). *Tratado del carácter*. En *Obras Completas*, Tomo II, Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Palmier, J. (1969). *En torno a Marcuse*. Madrid: Guadiana.
- Sartre, J. (1960). *Critique de la raison dialectique*. Vol. I, Paris: Gallimard.
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente*. Buenos Aires: Taurus.